

CORREO DE MALLORCA

DIARIO CATÓLICO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

CALLE DE MORA: 3, 4 y 5

AÑO XXVII

NUMERO 8.366

PALMA DE MALLORCA

MIÉRCOLES, 28 OCTUBRE DE 1936

FRANQUEO

CONCERTADO

HORAS DE DESPACHO: de 10 a 1 y de 5 a 7

TELÉFONO n.º 1973

Precio de suscripción: 2'50 ptas. al mes

Las fuerzas de Varela han avanzado doce kms. en dirección a Madrid, ocupando Torrejón de la Calzada, Torrejón de Velasco y Griñón y aprisionando al teniente coronel Puigdemgolas

Un ataque en el frente de Illescas fué rechazado por los nacionales, que causaron a los rojos más de 1.500 muertos

Radio Club Portugués, ante la inminente caída de Madrid, dirige apremiante llamamiento a la población de dicha capital para que se rinda

Gijón está completamente aislado por tierra y por mar. — El Vice-almirante Cervera, Jefe de la Armada. — Son llamados al servicio activo todos los supernumerarios y retirados por la ley de 1931 de Marina. — Interesante circular del Gobernador General del Estado. — Largo Caballero, abucheado en Madrid. — Ha sido evacuada la población de Ciempozuelos. — Indalecio Prieto estuvo unos momentos en Barcelona y volvió a marchar en avión. — El Gobierno de la Generalidad moviliza cuatro quintas más. — Parece que Portugal ha reconocido ya el Gobierno de Burgos.

El general Franco enviará un "ultimátum," al Gobierno de Madrid reclamando la inmediata entrega, sin condiciones de ninguna clase, de la capital de España

Santa María del Monte Naranco

Un atardecer, mediado el otoño del año 848 de la Encarnación de Nuestro Señor, el Rey Ramiro, mozo membrudo y bien barbado, zagal de guerras y amores, tan gentil como aparece en los venerables infolios miniados, volvía en dulce romería de tornabobas hacia su corte de Oviedo, cuando Oviedo sólo era una agreste soledad de piedras heroicas, llevando de su mano para el trono de sus abuelas la mano turbada de una infantina de Cantabria. En la cumbre callada del Monte Naranco, cuando la noche nace, bajo una celeste ingenuidad de estrellas primitivas, una pequeña Virgen con un Niño Jesús en el regazo, sumidos en la tosca dulzura de la talla románica, miran con imperturbables ojos de piedra, entre masas de sombra y silencio que ruedan por la montaña solitaria, el fulgor de las espadas de gesta que cierran el nupcial cortejo y se preparan ya para labrar las primeras palabras de nuestra Historia. Y aún Ramiro está hincado de rodillas presentando la doncella de los destinos reales a la entrañable soberana de la Virgen del monte, cuando, con una gran voz histórica, temblándole las barbas bellidas, llama las armas leales y salta los peñascales de Naranco arrastrando tras de sí la mesnada furiosa; y por las viejas losas de la calzada imperial de Roma, corre pinares de Galicia donde se mueven dulces aires otoñales estremecidos de saudade; y en el mismo acantilado cruza feramente su hierro porque han pisado tierras sagradas de España unos hombres extraños que vienen de bárbaras tierras sin nombre, en unas negras naves que allá están, balanceándose, en el desolado misterio del Atlántico, unido ya para el rumbo de las carabelas castellanas. Y aún jadea el rey zagal del astán de la pelea cuando retorna hacia sus peñas de Naranco por la melancolía de los pinares gallegos. Pero, con un gran crujido de sus huesos enormes, incorporado está, entre el estupor de los peregrinos que velan, el viejo Apóstol que ya rompe las losas y se alza para mirar desde su sepulcro el cortejo guerrero que pasa; y en pos del rey zagal, como un mesnadero más, allá va el buen Santiago, con la enorme lanza sobre el hombro, hirviéndole el pecho de audacias, ardiendo ya en la sublime quimera de España. Y como otros hombres extraños se cobran en tierras honradas de Castilla el tributo de las cien doncellas, tornan a blandirse los hierros venerados de Oviedo sobre cárdenas llanuras de soledad; y cuando queda en la noche de Clavijo, bajo el estupor de las estrellas del Romancero, clavada en toda la entrañable hondura de la españolidad, sobre un mar de sangre caliente, la cruz de Jesucristo, el viejo Apóstol, cansado de guarecer, camina lentamente hacia sus piedras eternas de Compostela, respirando aún ávidamente los santos aires de España que ya es cristiana; y el rey mozo torna a la Oviedo madre, donde la doncella de los destinos reales, sentada en un trono que será de Imperio, teje ya cándidos lienzos de ilusión porque tiene los ojos azules llenos del dulce vaticinio de la maternidad y un infante de España va a nacer...

Y todo es silencio, porque hasta el viejo Apóstol se ha quedado dormido, rendido de aventuras, soñando en la soledad de sus piedras gastadas de Compostela evangélicas horas de paz en el remoto candor de unos caminos galileos... Mas, de pronto, el vientre podrido de los siglos borbota otra vez en la tarde de este otoño sobre el sagrado silencio de España, bárbaras voces extrañas, gentes de tierras sin nombre y en la sombría noche del monte Naranco, bajo un cielo cárdeno, donde las ingenuas estrellas han muerto, la Virgen María, toda aterida de frío y de espanto, más abiertos sus ojos de piedra, está sola con su niño Jesús entre los brazos ante una guardia tenebrosa de dinamiteros. Y la Virgen de piedra llama con angustia: ¡Ramiro! ¡Ramiro!... Mas sólo le contesta entre los brazos del ladrado de las ametralladoras que muerden la noche oscura. Y ya, toda llorosa, con unas humanas lágrimas maternales cayéndole por el rostro, con el pequeñuelo entre los brazos de piedra que ya le tiemblan, atravesada de espanto, torna a llamar: ¡Ramiro! ¡Ramiro! Pero sólo le contesta el cañón que atraviesa la noche de presagios feroces, sólo se oye el bramido de la bárbara dinamita minera que estalla... Pero, entre tanto, otra vez en Compostela ha caído con estrépito la vieja losa frenéticamente; y ya en pie el fabuloso Apóstol, ardiéndole los ojos de rabia, toma en sus hombros otra vez el lanzón de España, y clama otra vez aquella gran voz histórica que arrastra tras de sí la mesnada furiosa hacia la Virgen de piedra que está sola ante la guardia tenebrosa de los dinamiteros. Y allá va Santiago el viejo con sus gallegos, falange de destinos celestes, más

Las autoridades, el Fascio y el pueblo italianos prodigan afectuosa acogida a los refugiados españoles

Hablando con el abogado catalán D. Oscar Montey

El joven y conocido abogado catalán don Oscar Montey, hijo de distinguida familia barcelonesa, logró, tras largos esfuerzos, de largo y medio, aproximadamente, delacado el Movimiento Nacional, abandonar la Ciudad Condal y llegar a Italia, a Génova. Allí entre los demás refugiados españoles, permaneció poco más de un mes, hasta que le fué posible embarcar para dirigirse a la parte de España ocupada por los nacionales. El señor Montey vino a Palma, y una vez aquí, se presentó a las autoridades militares, como alférez de complemento que es del arma de Caballería. El señor Montey experimentó el dolor de saber que un hermano suyo, piloto aviador, fué muerto por los rojos en la base aérea de San Javier. Hablamos con el señor Montey, acerca de los refugiados españoles en Italia. "En Génova — empezó diciéndonos, amablemente, el señor Montey — han desembarcado ya muchos miles de españoles huidos de la España roja. Pasan de quince mil los que se han instalado en Génova; el ochenta por ciento de ellos son catalanes. Digo mal, al indicar que se han instalado en Génova: en Génova propiamente dicho, ciudad un tanto cara, han quedado relativamente pocos, pues la inmensa mayoría han optado por establecerse en pueblitos inmediatos, donde la vida les resulta más económica, alquilando casas modestas y viviendo en ellas distintas familias reunidas, cocinándose ellas mismas la comida. Hay algunas familias, muy pocas, que tuvieron tiempo para poner a salvo sus cuantiosas fortunas. Pero la mayoría, que en su país contaban con disponibilidades, no pudieron recoger y llevarse

tre el tableteo de las ametralladoras que ladran, parando la metralla con los pechos heroicos, por los humildes caminos de los romeros, como cuando Ramiro batía a los normandos sin Dios y sin Patria en los cantiles de Galicia; por el mismo camino, ganando las piedras una a una y espantado a la muerte con canciones de Imperio, ya están allí las legiones gallegas a los pies de la Virgen María del Monte Naranco, con la sangre hasta los codos, jadeando heroicamente, porque han saltado doce siglos sobre la Historia. Pero aún en el recogimiento de la cripta humilde se estremece una voz casi infantil que sigue llamando con angustia: ¡Ramiro! ¡Ramiro!...; y las piedras gastadas de quietud y silencio retornan en un eco milagroso la entrañable voz y repiten apagadamente: ¡Aranda! ¡Aranda!... Y todo es así, hasta que, lentamente, Santa María del monte Naranco, con una celeste sonrisa entre las lágrimas, vuelve otra vez a encerrarse ya para siempre en la soberana serenidad de sus ingenuas pupilas románicas, porque a las tres de la tarde, entre un glorioso tronar de las campanas y los cañones de Oviedo, ya está, para siempre también, cubierta de gloria y de honor, abrazado a los restos de una bandera, pálido y extenuado, rodeado de unos sublimes harapientos, el soldado de España Antonio Aranda; mientras la augusta sombra del viejo Apóstol, allá va otra vez, lanza al hombre, España adentro, porque su tarea es eterna, porque aún, como en los tiempos de Clavijo, los pisoteros de Flores Arocha se cobran sobre los muelles de Málaga el bestial tributo de las cien doncellas de España y porque ya ha empezado a manar sangre otra vez, abierto por el dolor de España, como en la última hora de su Pasión, el dulce costado del Maestro. G. CHACARTEGUI

Saludemos a nuestra hermana Italia en el aniversario de la marcha sobre Roma. Y que las águilas imperiales sirvan de remate al blasón de una Europa espiritualmente unida en la cultura romana y en el signo de la Cruz.

El fruto del dolor

Dolor, grito angustioso de la naturaleza que el mal y la penuria desgarran en sus tejidos. Dolor, voz de sangre que corre al paralizar corazones. Dolor, rumor de arena del reloj de la Farca, que corta vidas y tortura carnes. Dolor, Dolor, cómo te sentimos en nuestros cuerpos y cuán poco te consideramos en nuestras mentes! Tú desfigurás la verdadera, la hermosa obra de la humanidad al sumir-la en las tinieblas de tu tormentoso abismo. Tú anestestas y atrofias la pureza del pensamiento al estimular solamente los sentidos, tu, en fin, te traicionas a ti mismo, pues agrandando tu cuerpo, ensordeces a la razón con tus lamentos y ocultas tu espléndido fruto que no recibe la humanidad hasta que desapareces... Así, dolor, te nos muestras hoy en esa pobre España, nuestra España, sangrante y dolorida; sufrimos en tu dolor porque es nuestro y en el lamento de la muerte, un humano egoísmo apaga de momento el grito de una nueva existencia que del dolor se crea. Lloramos, y al bañar nuestros ojos en lágrimas cegamos nuestra vista para no columbrar el horizonte que nuestro mismo llanto abre. Morimos, y al beso de la muerte sentimos llegar el fin de nuestra jornada humana, cuando en realidad ese fin origina vigorosa la nueva vida. Y es que el fin y la destrucción no existen, puesto que desde que Dios en su omnipotencia creó la vida y alentó el movimiento, nada se destruye, como no existe quietud absoluta. La madre muere mientras vierte nueva vida de su seno, la cepa seca sus sarmientos para retoñar más vigorosa, la flor pierde sus galas y mustia sus pétalos, que fertilizan una nueva floración, y así constantemente la muera trágica de la muerte cubre solamente la sonrisa esplendente

de una nueva existencia y el gesto inmóvil de un reposo aparente, oculta en su arcano infinidad de vibraciones y aleteos de vida. Y de estas verdades divinas que ofrecen obedientes las leyes naturales, el dolor nos aparta en su tortura, el tajante filo de su acerada espada corta en el espacio el invisible hilo del pensamiento y la punzante aguja de su anestesia adormece el cerebro para gustar sus glorias. Por eso aquel que logre sobreponerse al dolor y en uso de su mente vislumbrar sus frutos, puede hallar una compensación bondadosa a sus sufrimientos y admirar refulgentes albores al tiempo de cerrar para siempre los ojos... Y en este tu dolor, España mía, no hemos de ver jamás el fin de tu existencia, sino la maternidad fecunda de tu nueva vida, la floración plétórica de tu futura generación, el vigoroso retoñar de tu gloriosa raza y a pesar de los desgarros de tu preciosa carne, hemos de acallar el dolor y elevar el pensamiento para esperar que de tu immaculado vientre, surjan riquezas y glorias que engalanan en tus sagradas tierras flores más hermosas que las que se arrancaron tan lozanas aun y que se ingerte en tu mañana la savia limpia de los que conservaron tu linaje al heroico riego de su propia sangre. Y así, España, aunque febril y agonizante casi, te veo erguida todavía, como aquel Cyrano de Rostand que aunque la muerte le llamara, todo se lo entregó menos su "penacho" que como el sello de su grandeza y de su gloria lo inmortalizó en un mundo de espiritualidad. M. CASES

Palma, 22 de Octubre de 1936.

italianos, algunos alemanes y algún norteamericano recogían especialmente a los que huían, transportándolos gratuitamente al extranjero. Y continuó diciéndonos el señor Montey: "He de repetirle los desvelos de los italianos por hacernos grata la estancia en su país. El Fascio organizó unos salones para que desde ellos pudiéramos oír por la noche las alocuciones del general Queipo de Llano, y oíamos también las emisiones de Radio Mallorca y de Radio Tenerife, confortando nuestro espíritu las halagüeñas noticias que íbamos recibiendo sobre la victoriosa marcha de los ejércitos nacionales. Todos nos hicimos socios del "Comité de acción para la universalidad de Roma" — el Fascio internacional que diríamos —, donde el Fascio organizó conferencias en español exclusivamente destinadas a los refugiados españoles. Alternábamos constantemente con el pueblo italiano, que mira como propia la causa de los nacionales españoles, hasta el extremo de que, al comunicarnos detalles de la guerra, nos decían: "ya avanzamos" por tal sitio, "hemos ocupado Toledo"... Todos los españoles de la región de Génova son adictos al Movimiento nacional. Hasta los consulados españoles servidos por personal del cuerpo oficial están a las órdenes del Gobierno de Burgos. Dos catalanes muy patriotas, el capitán de complemento Sentis y Jai-

me Vilavequia, han instalado sendas agencias en Génova y en San Remo, respectivamente, para repatriar españoles, nativos de Cataluña casi en su totalidad, que quisieran alistarse para combatir al lado de los nacionales, y esos repatriados eran enviados, en grupo de diez o doce, y acompañados de sus esposas, a las provincias españolas en poder del Ejército salvador. Otros dos jóvenes catalanes, Ignacio Macaya y Patricio Satriestegui, se encargan de internar españoles por Irún, venciendo las múltiples dificultades que venía oponiendo Francia, Juan de Landa, el célebre artista de cine, fué uno de los que lograron penetrar en España gracias a los dos metados jóvenes patriotas hijos de Cataluña. El espíritu de todos los españoles refugiados en Italia está inflamado de intenso patriotismo, habiendo podido reunir, a fuerza de esfuerzos y de privaciones, los fondos necesarios para poder enviar al ilustre General Franco mucho material sanitario y cuatro automóviles. Se me olvidaba un detalle: el Fascio, para evitar que la usura hiciera sus víctimas entre los refugiados, hasta llegó a encargarse del empeño de joyas, que conseguía realizar en condiciones muy ventajosas. Y terminó diciéndonos el señor Montey: "En cambio, difiere grandemente el

